

# **Cristo como vida y realidad para la edificación de la morada de Dios en amor**

## **IX. La oración final por la glorificación y la edificación en unidad**

(Juan 17:4-5, 6-29)

### **La glorificación del Hijo**

(Juan 17:4-5)

Venimos al capítulo 17 de Juan. El título es la oración de Jesús por la unidad, o también podríamos decir: la oración final por la glorificación y la edificación en unidad. Seguro que antes de ir al Padre el Señor oraría algo muy importante. Al final siempre viene lo más importante. Aquí vemos una oración maravillosa, algo que tiene que ser un modelo para nuestra oración. De hecho es un resumen de todo lo que el Señor ha dicho en el Evangelio de Juan.

Leamos en el capítulo 17:4-5: *“Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese. Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese”*. Y al final del versículo 1 dice: *“Glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a tí”*. El Señor estaba ante Su muerte. Este era el siguiente paso que el Señor tenía que realizar. Esto tiene que ver con Su glorificación. En esta conferencia hemos visto un cuadro de esta glorificación. Alguien que siembra una pequeña semilla de una flor en la tierra, y cuida de la planta hasta que florece. Esa flor es la gloria de la planta. Podemos usar esa imagen e incluso ampliarla un poco más. Ayer tuve una experiencia maravillosa; mientras caminaba por la playa vi unas flores muy bonitas, strelitzias, y en ese momento, mi mujer me dijo: haz una foto. Estas flores son preciosas. Así de hermosa es la naturaleza. ¿Pero, es siempre así que tenemos que esperar a que la planta florezca, para que cuando esto ocurra seamos impresionados? ¿Es la gloria sólo el florecer? En ese

momento pensé en mis nietas. Todavía son niñas, pero, ¿realmente no me alegro por ellas aún ahora que son pequeñas, cuando se levantan y dan pequeños pasos? Los padres que día a día observan estas cosas se alegran mucho de estos pequeños pasos. Es verdaderamente admirable. Incluso podemos ampliar esta imagen. Estas niñas crecen en una familia donde se hablan dos idiomas. Es emocionante ver cómo reaccionan a estos dos idiomas. Hay muchas situaciones en las que podemos sorprendernos. Podemos ver esta gloria si observamos estos pasos que se dan en la vida. De igual modo podemos admirarlo en el Señor. ¿No era el Señor ya glorioso cuando le dijo al Padre: “*Padre, glorifícame*”? Si leemos los evangelios, en Lucas 2, dice que cuando el Señor vino en la carne, los ángeles se le aparecieron a los pastores y trajeron buenas nuevas: “*Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es CRISTO el Señor*” (v. 11). Y de repente aparecieron una multitud de huestes celestiales que cantaban: “*¡Gloria a Dios en las alturas, Y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!*” (v. 14). Su venida en la carne ya estaba llena de gloria. Y cuando tenía doce años vimos cómo habló con los escribas y fariseos sobre las cosas de Dios, y se admiraron. Después se fue con los padres y se sometió a ellos. Para nosotros esto es glorioso: hijos que se someten a sus padres. Cuando los discípulos tuvieron la oportunidad de venir a Él, el Señor ya tenía treinta años. Y cuando le vieron y oyeron, en Juan 1:14 dice: “*Y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad*”. La gloria estaba muy unida a esta vida. Y sabemos por qué. Era una vida especial, una vida unida al Padre. En Juan 14 dice que el enemigo no tenía nada en Él (v. 30). No tenía ninguna oportunidad de estar en Él porque era una vida especial. De hecho, cada paso que dio el Señor era un paso de gloria. Ahora se encontraba en la situación en la que tenía que morir y resucitar, como vemos en Juan 7:39, dice: “*Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado*”.

## **La continuación de la glorificación en los creyentes**

En Juan 17 también dice que Su andar en la tierra glorificó al Padre. Habla de la glorificación, del Dios Triuno que se revela, que ha venido a nosotros en Jesucristo y de completar la obra que le fue dada. En el versículo 10 leemos: “*Y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío; y he sido glorificado en ellos*”. Aquí vemos que esta glorificación va más allá. Ahora habla de aquellos que creen en Él. Por tanto, ¿qué ocurre cuando somos uno con el Señor y le seguimos? Que Dios se glorifica en nosotros. Por una parte vemos que Él es

glorificado, a través de Su muerte y resurrección, y después, ora por aquellos que habían de creer. En el versículo 8 dice: *“Porque las palabras que me diste, les he dado; y ellos las recibieron, y han conocido verdaderamente que salí de ti, y han creído que tú me enviaste”*. Esta vida estaba primeramente en el Padre, luego, el Padre le ha dado al Hijo el tener vida en Sí mismo, y ahora vemos que esta vida entra en los creyentes. Nuevamente, aquí vemos la gloria: que el Dios Triuno se extiende en los creyentes.

Aquí también vemos la santificación. *“Y ya no estoy en el mundo; mas éstos están en el mundo, y yo voy a ti: Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros”* (v. 11). No era tan fácil completar esa obra. Tenemos que reconocer que no había una atmósfera agradable para la vida. Por eso, empieza a clamar al Padre. Él no es sólo un hombre, es Dios mismo. Dios mismo nos tiene que guardar a nosotros en Su nombre, para que no nos separemos de Él y seamos engañados. En el versículo 15 dice: *“No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal”*. Sabemos quién es el mal, Satanás, y según Juan, él es un asesino y un mentiroso. La Palabra nos lo recuerda también en Mateo 13, que él nos engaña e incluso nos roba la Palabra que hay en nosotros, y nos ofrece muchas otras cosas. Eso es lo que la Palabra llama “el mundo”. La Palabra nos dice: *“No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él”* (1 Juan 2:15). El Padre quiere recibir todo nuestro amor, pero el enemigo se encarga de apartarnos. La descripción del mundo está en el versículo 16, y tiene mucho que ver con nosotros: *“Todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo”*. Por eso, clamamos al Señor y le decimos que necesitamos salvación, que nos guarde a través del Padre Santo. Él se dispensa en nosotros y Su ser santo nos guarda. Él es santo y quiere guardarnos. Necesitamos la naturaleza santa del Padre. Por eso, dice: *“Permaneced en Mí”*.

Es maravilloso cómo el Señor dice que se santifica a Sí mismo por Él. Él nos ha dado un ejemplo en Su vida. Él tuvo una vida santa. Recordemos la historia de la mujer samaritana. Había tenido cinco maridos y el sexto no era su marido. Y cuando el Señor se le acercó en el pozo de Jacob, quizás ella podría haber pensado que ese hombre podría ser su séptimo marido. El Señor sabía con quien hablaba, y por eso, no es casualidad que la Palabra diga que era la hora sexta, mediodía, a plena luz del día. Esto lo hizo como ejemplo a ella y a Sus discípulos, e incluso para las personas que vinieron después. Eso es un ejemplo de cómo esa vida santa nos alumbró. Todo lo que Él hace es en luz, aun en la relación con las personas. Tenemos mucho contacto con

otras personas, pero necesitamos ser guardados del mundo. Tenemos que tener contacto con el mundo, también con los hermanos y hermanas en la iglesia, pero debemos ser guardados en Él. Es bueno que tengamos esa vida santa en nosotros. El Padre santo ha puesto Su vida santa en nosotros. Siempre podemos venir ante Él y preguntarle: “Padre, ¿es esto agradable delante de ti? ¿Es este el tiempo?”.

## **La gloria produce la unidad**

Siempre que leemos el capítulo 17 pensamos en la unidad. Pero el Señor habla mucho de glorificación y santificación. Y eso es para la unidad. Nos fijamos mucho en la unidad, pero también necesitamos saber cuál es el camino para ser uno. Para eso necesitamos esta vida gloriosa. Necesitamos un paso tras otro hasta alcanzar más de esta vida.

Leamos un versículo donde vemos que el Señor se glorifica en los creyentes. Tenemos que prestar atención para ver qué es la gloria en nosotros. *“Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor”* (2 Co. 3:18). Tenemos que permitir que el Señor nos guíe para descubrir más de la gloria, y especialmente la gloria en los santos, y alegrarnos en ello. Debemos seguir dando pasos en la fe. Aquí dice que seremos transformados de gloria en gloria.

Es también precioso cuando los hermanos vienen a las reuniones. Allí vemos la gloria. Esto es maravilloso y glorioso. Necesitamos un corazón abierto y paciencia con los santos. Tenemos falta de esto. Al hombre natural le falta gloria. Pero si damos un paso adelante en la fe, aunque sea pequeño, cuando somos obedientes, nos alegraremos de ello. Es como con los niños pequeños, no todo va a llegar de un momento a otro, pero cada pequeño paso es un motivo para que nos alegremos. Nuestro Dios es un Dios de amor y tiene paciencia con nosotros, por eso, debemos alegrarnos por cada pequeño paso que dan los santos.

OSt